



Artículo: Álvaro Matute. El historicismo en México. Historia y antología, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, 337 p.

Autor(es): Trejo Estrada, Evelia

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 67

Año: 2003

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Trejo Estrada, Evelia, "Matute, Álvaro. El historicismo en México. Historia y antología, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, 337 p.", Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM , 67 (2003): 16-19.
<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3648>

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ PUBLICACIONES

PRESENTACIÓN DE LIBROS

El historicismo en México. Historia y antología, estudio introductorio y selección por Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2002, 337 p.

Evelia Trejo

*Una propuesta histórica para observar el historicismo**

No puede ser otro el viaje que plantea este libro. Su hechura proviene de una demanda específica, la de colocar en la perspectiva espacio temporal aquello que ese conjunto de ideas, filosofía sin sistema, supone.

La intención de dar al público lector oportunidad de conocer la historia de la filosofía en México proviene de Margarita Vera Cuspintera, cuyos méritos son muchos y de diversa índole y para quien yo no tengo sino palabras de reconocimiento, entre otras cosas, porque le debo mi iniciación entusiasta en los terrenos de la ética, durante los lejanos años de estudio en la Escuela Nacional Preparatoria. Las respuestas a su iniciativa son ya patentes en algunos casos y están en curso en otros. Ésta, la que hoy nos convoca, es la que proporciona Álvaro Matute, para cumplir con la parte de la tarea destinada a esclarecer la presencia del historicismo en nuestro país.

Así, su compilación, que lleva por título *El historicismo en México. Historia y antología*, publicada en esta ciudad por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, tras vicisitudes de todo tipo, llega a nuestras manos con un contenido que intentó sin conseguirlo acotarse a las doscientas páginas que le fueron solicitadas, y con pie de imprenta

de 2002. Si bien es cierto que el libro apareció hace unas cuantas semanas y de ello podemos deducir que es correcta la fecha del año pasado, es necesario prestar atención a los párrafos en los que Matute aclara los obstáculos que atravesó esta edición. En lo que concierne al número de páginas, basta señalar por el momento que son apretadas, sugerentes y suficientes sólo por lo pronto.

Matute establece también desde las primeras páginas elementos que indican tanto el problema que se tiene entre manos cuando se habla de historicismo como la solución que propone para acercarse al que se diera en México. Escribir en unas cuantas páginas, poco más de cincuenta, una historia del historicismo, así se anuncie como breve, es parte de la solución al libro, que no de la solución al problema de rastrear el historicismo o los historicismos, como el mismo autor señala, recordando una frase del maestro Ramón Xirau, a quien dedica esta obra.

Desde la entrada, pues, está presente una de las claves que dificultan la percepción de esta o estas filosofías: su pluralidad, misma que predica con el ejemplo.

La parte más abundante del libro, casi doscientas cincuenta páginas, es una selec-

* Texto leído en la Feria del Libro del Palacio de Minería, el 24 de febrero de 2003.

ción, una antología de textos representativos. Álvaro Matute, haciendo gala de su vocación de maestro, explica su composición: 1) trabajos de hispanomexicanos que exponen el pensamiento historicista y 2) trabajos en los que se aplican criterios historicistas a problemas históricos, filosóficos y estéticos.

Llegar a los materiales, cargados de espirituales diría Edmundo O'Gorman, que hacen posible este encuentro con los decires historicistas elegidos por Matute, sin hacer una lectura atenta de las páginas que los preceden, esto es, de las dedicadas a la breve historia, es válido, e inclusive deseable, si se parte de que la selección es rica y efectivamente representativa, y en cada una de las piezas hay suficiente tela de donde cortar tanto para propósitos didácticos como para meditaciones dilatadas y serias. Sin embargo, llegar a esos materiales tras leer la historia que el autor nos cuenta es arribar a los problemas del historicismo con una serie de preguntas a cuestas.

La organización de la breve historia es una magnífica ocasión para generarlas. Matute, con el estilo que lo caracteriza, establece las líneas por las que pretende conducir al lector: 1) definición y bosquejo histórico del historicismo, 2) trastierro del historicismo por el exilio y 3) recepción de la corriente por mexicanos. ¿Podría pedirse más? Huelga decir que sus páginas no dejan satisfecho a quien quiere conocer de cerca esta historia. Sin embargo, en su descargo hay que subrayar que una historia breve no es una historia, y que ninguna historia, aún sin ser breve, satisface al curioso. Lo que sí logra Matute es abrir el apetito del lector. Señalar rutas de sumo interés y marcar con líneas precisas aquellas coordenadas que brindan innegable apoyo a quien penetra en ese ámbito resbaladizo a veces del historicismo que se aposenta en México y que admite para ser detectado, asediado, explicado, los adjetivos que el autor recuerda: vitalista, existencialista, diltheyano, orteguiano y, aun habría

que agregar, admite ser marginado como término para calificar un modo de moverse en la filosofía y dar lugar a otro: no historicista sino personalista, se autodenomina uno de sus mayores exponentes.

Entrar, pues, de la mano de Álvaro Matute a esta representación de historicismos en México es entrar seguro a un panorama vasto, pleno de intrincados caminos en los que vale la pena introducirse. Los primeros pasos van dirigidos a desplegar, con base en distintas definiciones del término, que a la vez suponen distintas acepciones del concepto, las implicaciones siempre complejas que supone esta convergencia entre filosofía e historia que es el rasgo común a este conjunto de ideas. Los antecedentes y los consecuentes abundan. Hasta dónde remontarse para situar los orígenes, cómo desprender la filosofía propia del historicismo de otras filosofías que le son afines, cómo calificar sus diversos matices, cómo defender sus principios. Autoridades en materia de definir desfilan velozmente, se hace patente la abundancia de figuras sonoras en la historia del pensamiento que han dado qué decir en la construcción del historicismo. Hegel, Croce, Simmel, Troeltsch, Meinecke, Dilthey, Windelband, Rickert, Weber y Aron son algunos de ellos. También Ranke, Droysen, Lamprecht, Collingwood y Gaos pasan lista. Y desde luego no faltan los connotados antihistoricistas para completar el cuadro.

Mucho se recoge del esfuerzo realizado por quienes ya han avanzado en la tarea de escribir esa historia. Matute insiste en aprovechar la suya para tender la invitación de estudiosos de la historia y de la filosofía, y de la historia de la filosofía y de la filosofía de la historia a conocer las páginas de Meinecke, de Iggers, de Aguilar Villanueva, de Pietro Rossi y de Fulvio Tessitore en busca de imágenes más nítidas. No sólo remite a quienes han lidiado con el reto de trazar la tan nombrada historia; en unas cuantas líneas, bosqueja la suya. Una etapa genética,

un fortalecimiento metodológico que implica la hermenéutica, una fundamentación de las ciencias del espíritu y las nuevas bases epistémicas propuestas por Max Weber son algunos de los elementos que la integran. El fin, los puntos básicos para entender el encuentro del mundo hispánico con el historicismo. Dar pie a la consideración del carácter que reviste ése que atraviesa el Atlántico.

El transtierro del historicismo ocupa la sección que le corresponde, Matute perfila el clima que lo espera de este lado del mar. Reparte méritos entre quienes lo difunden y lo cuestionan: Ímaz, Roura Parella, Gaos por supuesto, Sánchez Villaseñor y Nicol; permite que los lectores adviertan figuras y establezcan genealogías; y, al fin, da paso, en una tercera parte, al tema de los historicistas mexicanos. Allí reconoce la voz de muchos de quienes fueran sus maestros para hacer constar, no cabe duda, que su historia, la que él cuenta, es una historia interesada, vitalista, en gran medida historicista, que arranca de muy lejos, transita por territorios más cercanos y finalmente abarca un ámbito conocido, no abarca.

Los matices para definir el historicismo presente en cada uno de los casos a los que acude mientras cuenta su historia son precisamente los que indican el grado de dificultad que enfrentará el lector de los textos que integran la antología. Sus títulos aparecen al final, antes del índice y allí podemos darnos cuenta de que el orden en el que están dispuestos obedece a la propuesta ya dicha, es decir, no rige la cronología aunque se hace presente, lo que dicta la pauta es la exposición del pensamiento historicista que hacen Eugenio Ímaz, Juan Roura Parella, José Gaos y Eduardo Nicol, en fechas que van de 1942 a 1973, y la apropiación que hacen de él, para tratar asuntos de historia, arte y filosofía, Edmundo O'Gorman, Justino Fernández y Leopoldo Zea, palpable en escritos que van de los últimos años cuarenta a los primeros se-

tenta. Del conjunto que forman unos y otros, los más presentes son Gaos y Zea. Tal vez la puntualidad del primero para difundir los distintos aspectos y problemas de esta escuela de pensamiento que es el historicismo y los incansables afanes del último por demostrar la pertinencia de ponerla en práctica para mejor conocernos y colocarnos en la propia historicidad fueron los factores que repercutieron en el mayor peso de sus palabras en el libro.

Lo cierto es que esta obra de portada elegante, de apariencia sobria y atractiva, a la que por desgracia no le faltan descuidos en la tipografía que, más allá de que puedan desconcertar por un absurdo, como el que se refiere a "un gringo del tiempo de Pericles" (p. 134), deben ser corregidos en aras de un entendimiento mayor de algunos pasajes; esta obra, decía, es una magnífica síntesis de pensamientos que han formado ya a varias generaciones de mexicanos. Quizá sin saberlo, estudiantes y público en general han participado de la influencia ejercida en México por el o los historicismos. El lugar que ocupa en la manera de enfrentar asuntos de índole histórica o de índole filosófica no me toca a mí determinarlo. Lo que sí puedo decir es que un importante núcleo de problemas, que competen a la historia y a la filosofía y especialmente a todo aquello que las relaciona, no pasa inadvertido a quienes han bebido en las fuentes historicistas.

Álvaro Matute nos hace el gran servicio de colocar en un compendio temas que recurrentemente nos convocan, nos interpellan, nos obligan a decidir. Los esfuerzos de Ímaz por despejar el equívoco del dualismo naturaleza-historia que entre otras cosas nos dejan mejor equipados para comprender los puentes entre actitudes que ejemplifican bien ilustrados y románticos; la magnífica pieza de Roura Parella que se explaya en dilucidar el mecanismo de la comprensión, esa receta difícil de interpretar que se ofrece como vía para atisbar en

el ámbito de la subjetividad y del significado, sin renunciar a explicar el mundo. Las disquisiciones de Gaos en defensa del relativismo implicado en el historicismo, para contrarrestar las acusaciones de escepticismo que se le hacen; sus argumentos en pro de la definición de las distintas ciencias. Su soberbio alegato que abre paso a la historia de la idea de las ideas que constituye su historia de nuestra idea del mundo, y su interesantísimo desacuerdo con Nicol, que fructifica en las reflexiones de ambos en torno a la idea de filosofía que cada uno profesa, además de evidenciar la cantera que existe en ese ángulo que, al ocuparse de la individualidad, parece distanciarse de la comunidad: el problema de lo particular y lo universal, la solución del *logos* como nexos. En suma, de páginas más o menos difíciles surgen innumerables luces para aclarar y matizar el panorama abierto.

La sección dedicada a las aplicaciones del o los historicismos a diferentes campos no es menos atractiva. De hecho, para los historiadores en general, los del arte en particular y los latinoamericanistas formados en los años sesenta y setenta y hoy muchos de nosotros profesores-transmisores de mucho de lo que allí se dice, la novedad puede resultar menor, y, sin embargo, aparece. Aparece en forma de juicios, de invocacio-

nes, de sentencias. Calificar la historiografía de tradicional, intentar hacer espacio a la historiología, iluminar con Heidegger es, en la elegante pluma de O'Gorman, algo que tiene equivalencia en los propósitos que animan a Justino Fernández, tan su amigo, a presentar su convicción historicista para acercarse al arte mexicano. Las páginas de Zea, como he señalado arriba, muy nutridas, sirven para subrayar esa motivación que lo llevó a construir un edificio de pensamiento historicista para llamar la atención sobre la diferencia, sobre la autonomía posible de la conciencia americana.

En resumidas cuentas, el libro que por ventura ideó Margarita Vera desde los territorios de la filosofía que necesita ser historia y que realizó con fervor Álvaro Matute desde la perspectiva de la historia, que se instala con gusto en la reflexión a que invita la filosofía, es una realidad dispuesta al público para ser visitada una y otra vez. Los lectores de hoy y los de mañana encontrarán sin duda en esta propuesta oportunidades varias para medir y pesar los caminos del historicismo que allí se señalan y, desde luego, para abrir unos nuevos. Ojalá el diálogo fructifique y la vecindad perenne entre la filosofía y la historia tenga ocasión de enriquecerse con contenidos como los de esta obra. □

